

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Hacia la humanización en salud

P. Ángel Rodríguez G. M. ID.
Profesor Adjunto Asociado
Director de Ars Médica
Pontificia Universidad Católica de Chile

1. Introducción

En este siglo que acabamos de dejar, no sin mucho dolor y mucha sangre, el ser humano ha alcanzado el mayor progreso científico y tecnológico de toda su historia, esto es, en lo experimental, en las ciencias de la naturaleza. ¿Pero podemos decir lo mismo de las ciencias del espíritu, o sea, el ámbito de lo experiencial o vivencial? Este siglo pasado se ha caracterizado, por lo general, en un antropologismo que ha ido degenerando en un antropologismo absoluto y por un humanismo que ha degenerado en conductas puramente horizontales y existencialistas. Si aceptamos que en toda la creación no hay una noción más elevada que la noción de persona y que es sobre esta noción que apoyamos toda la dignidad del ser humano, entonces tenemos que concluir que lo experimental está ordenado a lo experiencial y no al revés, es decir, las ciencias de la naturaleza, en último análisis, están ordenadas a las ciencias del espíritu. Si el siglo pasado ha sido el siglo de la tecnificación, este que está naciendo tiene que ser necesariamente el siglo de la humanización, de no ser así, esto es, si el ser humano no rescata su espíritu, el único por el que puede decirse persona, se enfrentará al más rotundo fracaso de toda su historia.

2. Humanización en salud

Hablar de la necesidad de humanización es estar diciendo que el hombre ha perdido algo que le hace ser menos humano. Si aceptamos que el que se tiene que humanizar es el hombre y no los instrumentos, aunque estos colaboren a una mejor calidad de la atención, entonces, el problema de la humanización es eminentemente antropológico y la crisis de la medicina es, consecuentemente, crisis antropológica¹.

El concepto de humanización (como sucede en este momento con tantos conceptos) tiene una pluralidad de significados e incluso dentro de aquel significado, que pudiéramos aceptar como correcto, existe una pluralidad de ángulos de visión. Así, por ejemplo, la definición del Dr. Vial Correa, sería esta: "Humanización significa por lo menos el acto de compenetrarse, de que los seres humanos ocupamos un sitio especial en este universo y de que somos las únicas criaturas capaces de entenderlo. Una mirada sobre la persona humana me dice que ella es de una condición distinta de los objetos: es un sujeto que me enfrenta"². Esta definición significa para nuestro autor que "el enfermo no es un objeto técnicamente tratable y modificable a voluntad. No es jamás un instrumento para hacer algo y la única justificación para intervenir en él es la de ayudarlo a crecer y florecer hacia su propio fin (su nombre escondido dice por ahí la Biblia)". Esto es obvio para muchos médicos, pero a menudo se olvida.

¿Para decidir qué es lo verdaderamente humano, hay que conocer primero el parámetro al que referirse, o existe constitutivamente en el hombre algo común a todos que nos sirve de modelo? ¿Es verdad que hay constitutivamente en cada uno de los seres humanos un centro de valores o

parámetro por el cual todo ser humano puede saber lo que es el verdadero humanismo? Por ejemplo, si yo dijera que la máxima expresión del ser humano es ser un animal social, pero no dijera cuál tiene que ser la naturaleza de esa relación social, resultaría que cualquier tipo de relación con otro ser humano sería máxima expresión de ese ser, incluso el mal trato.

La Medicina, igual que las demás ciencias, padece de las enfermedades de los vientos sociales que respira. En la base del *modus vivendi* de cada sociedad existe una filosofía de fondo que sirve de motor a la ideología presente en ese momento: la Medicina, parafraseando a Baglivo, es hija de su tiempo.

Otra de las dificultades se encuentra en la creciente especialización. No obstante la historia y la práctica de la medicina nos hayan demostrado que la introducción en la misma de la concepción del cuerpo humano como máquina haya dado la posibilidad de circunscribir mejor el campo e ir así, más en profundidad en el tejido humano, este mismo hecho ha incorporado el cuerpo humano, considerado como máquina, al mundo de la tecnología, convirtiendo cada una de las partes de ese cuerpo en objeto individual con su respectivo precio. Y así, la especialización ha degenerado en parcelación y el derecho de todo ser humano a la salud topa hoy con el concepto de "venta de servicio". ¿De qué serviría que la medicina y las demás ciencias declaren estar de acuerdo con que todos los seres humanos tienen derecho a la vida si no tienen ningún derecho a gozarla? Este comercio del cuerpo humano ha adquirido cimas insospechadas, hasta tal punto que leemos en "Il Messagero", periódico italiano, de fecha 5 de marzo de 1997: "Se buscan ovocitos, en Porta Portese" (una especie de mercado del Rastro de Madrid). En fecha 24 de noviembre del mismo año leemos frases como esta: "Supermercado del embrión. A medida: parejas estériles dispuestas a pagar cifras astronómicas" y en fecha posterior, siempre en el mismo periódico, se lee: "Vendo mis ovocitos, pero no debo pensarlo".

Otro problema, a nuestro parecer, es la excesiva acentuación dicotómica entre médico y paciente, esta nos hace pensar, frecuentemente, en una tendencia, muy generalizada, de las políticas de este siglo: o pertenecemos a las derechas o pertenecemos a las izquierdas y si por casualidad nos situáramos en el centro, en breve estaremos en el centro izquierda o en el centro derecha.

¿Pero, dónde hay un médico que no sea a su vez paciente? Y ¿dónde hay un paciente, cuyo aporte no ayude al médico a hacer mejor su trabajo de médico, esto es, sea un poco médico también él? Es evidente que todo paciente, antes de llegar al médico, ha hecho ya un prediagnóstico de su dolor y de su enfermedad, aunque este no sea acertado, en parte o del todo.

"Una sola mirada a las largas colas de atención, nos sigue diciendo el Dr. Vial Correa, nos hace dudar que el enfermo no se transforme en objeto; y el *espectáculo del médico* tratando de resolver sus apremios económicos, o proveer para sus instalaciones tecnológicas, nos hace pensar a veces que efectivamente funciona como un instrumento y tiende a instrumentalizar al enfermo al que enfrenta. *Y eso parece tener algo de fatal, porque sin esa recíproca instrumentalización no hay atención médica, no hay curación*". "Es aquí, donde se hace necesaria la educación para inducir un cambio de actitud. ¿Por qué la deshumanización de la medicina nos impresiona tan fuerte? Porque ella está llamada a ser humana y su deshumanización es algo contra natura. Pero la verdad es que la medicina participa de un proceso general de la sociedad que viene a basarse en una instrumentalización del otro, y por necesidad, en una instrumentalización de sí mismo"³.

Enfrentarse día a día al dolor de los demás, sin querer usarlos, requiere una actitud empática que tiene mucho de heroico; requiere aceptar ascéticamente el cansancio que este estado empático produce tanto en nuestro cuerpo como en nuestra psicología; requiere mucha contemplación, esa energía extática, residente en nuestro espíritu, que hace posible llegar a nuestros hogares cansados, pero con una inmensa paz en el corazón, porque después de haber hecho lo que tenemos que hacer, nos seguimos sintiendo siervos inútiles.

Extasiarse ante un ser humano requiere una gran dosis de amor: aprender a posarse en su alma como lo hace el pajarillo sobre la rama. Si el concepto de éxtasis me habla fundamentalmente de un salir fuera de mí para vivir en el otro y con el otro, esta compenetración puede ser solo el de dos amores que se encuentran y, por tanto, nunca una relación donde uno salga humillado.

Por esto, un tema esencial de la educación médica es enseñarle al médico a mirarse como paciente. Si entre dolor fisiológico y sufrimiento podemos hacer alguna distinción, en cuanto que uno es dolor del cuerpo y el otro es dolor del alma, si bien muchas veces queden implicados, entonces todos somos pacientes sin exclusión alguna. Generalmente, cuando el médico se convierte en paciente, difícilmente soporta en su propia carne los errores que él mismo comete en su profesión médica. Todos los seres humanos estamos enfermos en el amor.

El mundo quiere una bioética, así llamada laica, que ni siquiera comprenda, entre sus principios, el principio de la vida, y seguramente para no hurtar la sensibilidad de tantas naciones, que si bien tienen necesidad de una regulación ética del ejercicio de la biotecnología, de la investigación y manipulación genética, no quieren renunciar al aborto y, al mismo tiempo, dejar la puerta abierta a la eutanasia.

Dicho con otras palabras, cuando dentro de ese laicismo la bioética nos dijera sea usted cada día más humano, podría estar significando algo que el cristiano rechaza, esto es, una dimensión puramente existencial del humanismo que no lograría la curación integral del ser humano.

El concepto de humanización para el cristiano, esto es, ser más humano y mejor humano, está más en relación con la dimensión sobrenatural de su estructura antropológica que con la puramente existencial, pues esta última necesita de restauración por parte de la primera, con lo cual la dimensión natural del humanismo, en el que quiere trabajar la bioética, resulta muy reductivo para el cristiano. La demostración de lo expuesto se encuentra en el hecho, confirmado por todas las éticas, de que ni las facultades humanas ni la propia libertad nacen educadas. El ser humano tiene que echar mano durante toda su vida de la energía existente en su espíritu para irse imponiendo así sobre las disfuncionalidades y patologías que presentan, sean sus facultades que su libertad. La libertad no es y nunca fue para hacer lo que se quiere, sino para elegir lo mejor, de aquí que la libertad la tengamos que formar con el amor. Amor que inunda el tejido de toda la persona humana.

Parece no haber duda alguna: la medicina no es solo una ciencia operativa, arte que es guiado por saberes racionales, sino una comunidad moral fundada en el humanismo⁴: modo de conocimiento, decisión y acción en que los valores humanos junto a su dignidad tienen una primaria trascendencia⁵. En el fondo, la famosa sentencia helenística de los Praecepta

hipocráticos vertida a lenguaje técnico actual: "Donde hay amor al hombre (philanthro-pía, humanismo médico traduciríamos hoy), hay también amor al arte (de curar) (philotechnía)"⁶.

3. ¿Antropología médica y salud?

¿Cuál es la antropología que debe estar en el substrato de la acción sanitaria y de la promoción en salud? ¿Cuál hombre? ¿Qué definición del hombre aceptaríamos para obtener un mejoramiento real, no solo teórico, en la humanización de la salud? De la respuesta que demos a estos interrogantes va a depender la actitud del auxiliar, de la enfermera, del médico y hasta del personal, que en la ventanilla de nuestro hospital es el primero en recibir al dolorido paciente, quien más preocupado en ese momento por su dolor que por otra cosa, se siente decir, incluso hasta con voz severa, ¡Aun cheque en blanco!, y, a lo mejor, tiene la posibilidad de hacer este cheque o a lo peor no, lo más probable en los dos casos es que ante su fuerte dolor de pecho y espalda, sospechando lo peor, haya salido corriendo al más cercano centro de urgencias y no tuvo tiempo de coger la chequera, y si además se trata de una persona de la tercera edad hará una inmensa fatiga para recordar dónde la tiene, en qué cajón la metió.

Si la noción más elevada de toda la creación es la de persona, todo debe estar orientado hacia ella, tanto el ámbito experimental como el experiencial o vivencial en los que se mueve toda la vida humana.

¿Qué relación ha habido entonces entre antropología y el cuidado sanitario, sobre todo de la medicina? No cabe duda de que en la medicina y en la ciencia, en general, ha habido un prejuicio hacia una concepción del hombre que viniera impuesta desde fuera de la misma, esto es, impuesta por la filosofía o la religión, y mucho por el tipo de medicina tecnológico-naturalista de nuestro tiempo. La medicina pertenece a las llamadas ciencias de la naturaleza y sirviéndose también de la experimentación con las ciencias de la naturaleza ha dado un gran avance en la curación de las enfermedades del hombre, pero una definición puramente biológica del hombre es tan enormemente reductiva que lo convertiría en un trozo de naturaleza.

Toda la naturaleza del hombre, con todo su dolor y sufrimiento, dentro del ámbito de lo experiencial o vivencial, va mucho más allá del ámbito puramente experimental en el que se mueven la medicina y la biología. Se podría decir que lo experimental navega dentro del mar de lo experiencial. Si la medicina no tiene en consideración este hecho, en su camino irá perdiendo al hombre, al hombre como sujeto, esto es, al hombre como persona. En otras palabras, la persona quedaría excluida de la Medicina, solo los tejidos, huesos, nervios y demás órganos tendrían derecho a ciudadanía dentro de su ámbito territorial.

Tampoco es suficiente, según mi parecer, como dicen algunos, que la medicina recupere al hombre como sujeto biológico-humano. ¿Qué estamos significando cuando decimos: sea usted más humano? Como ya hemos expresado anteriormente, son muchos los seres humanos a los que les sobra humanismo, están demasiado sobrecargados de su propio humanismo, esto es, son ese hombre, cuya acción, por ser siempre involutiva, termina siempre en el mismo hombre.

El propósito del humanismo es encontrar la idea exacta del hombre, la esencia exacta del hombre, que no deje fuera ningún campo de valores por definir y desde la cual encuentren pleno

sentido todas las otras dimensiones y tendencias que denotan una profundidad insospechada y un núcleo irreductible. Cualquier reduccionismo que convirtiera al ser humano en un producto histórico más, surgido de meros mecanismos psicobiológicos y de estructuras socioeconómicas - como pretenden los monismos fisicalistas y emergentistas-, no puede avenirse con la heterogeneidad y trascendencia reclamada por la índole peculiar de nuestra especie.

Ahora bien, ¿cuál es ese acto específicamente humano sobre el cual apoyar todas estas ideas de humanismo para no caer de nuevo en el relativismo ya mencionado? ¿No será que al antropologismo contemporáneo le sobra humanismo? Ateniéndonos al Existencialismo es un humanismo de Sartre, ¿no será acaso que este ser humano de hoy y de siempre está demasiado cargado o sobrecargado de su propio humanismo, de su propio ser él, de un ser en el ser, de un ser por sí o consigo o para sí o para la sociedad, que le hace cada vez más esclavo de sí y, por tanto, cada vez más pobre? Este "humanismo por el humanismo" encierra al hombre en una tautología que lo convierte en parámetro de sí mismo y, por tanto, incapaz de realizar la perfección y el progreso íntimo al cual se siente llamado. Si se aceptara que este tipo de humanismo es el que le sobra al ser humano, habría que concluir, entonces, con Fernando Rielo⁷, que en general el hombre vive en lo infrahumano y que lo que existe en realidad es lo infrahumano y lo sobrehumano. Cristo da la más hermosa definición que se haya dado del hombre: "Dioses sois". No divinidades, pero sí deidades. Esta definición, según mi parecer, nos dice que somos más que nuestra psicología y que nuestra biología, que nuestro dolor y nuestra muerte.